

Alejandro López, un ambientalista social

Con Alejandro López me unió una honda, entrañable e irreplicable amistad. Lo conocí en los primeros años setenta, cuando junto con otros amigos, inmersos todos en las luchas sociales que marcaron a nuestra generación, formamos el grupo de Trabajo y Solidaridad con las Comunidades Indígenas, el «Trasocoin».

Acorde con la época, llena de rupturas en la vida política y cultural, este colectivo abrevó de muchos movimientos que fueron conformando nuestra peculiar forma de vida durante los años que permanecimos en él: desde las luchas campesinas y feministas; el marxismo, el hippismo y el budismo zen; hasta el vegetarianismo y el ambientalismo. La búsqueda del «hombre nuevo» que nos proponíamos construir no seguía ningún dogma.

Como creíamos que el cambio social debía partir de nosotros mismos y la salvación únicamente podía ser colectiva o no sería tal, pronto nos vimos viviendo, sin miedo y sin tapujos, en una comuna donde se compartía el espacio, se dividían los gastos y se asignaban las labores domésticas por igual a hombres y mujeres. Pero nuestra vida en comuna, si bien implicaba un significativo esfuerzo organizativo, no tenía un fin en sí misma, sino que era la forma que encontrábamos para subsistir y entregarnos en cuerpo y alma a trabajar en las diversas comunidades indígenas y campesinas en las que tuvimos el privilegio de actuar.

En ellas emprendimos múltiples iniciativas que tenían que ver con la salud, la alimentación, la condición de la mujer, el rescate de la cultura, la producción y comercialización de productos o las alternativas tecnológicas; apoyábamos reivindicaciones por la tierra, reclamamos de caminos, debates contra caciques, así como luchas contra la pérdida y el despojo de bienes naturales. Supimos entonces que la problemática ambiental era una problemática social.

Ser parte del Trasocoin implicaba una entrega de vida total, era militar las 24 horas del día alrededor de la causa que nos habíamos autoimpuesto; y si bien la organización del grupo era expresamente horizontal ya que no tenía una directiva, la fuerte personalidad de Alejandro hacía que su liderazgo fuera innegable.

La vida nos fue poniendo en escenarios distintos, pero la intensa y rica experiencia del Trasocoin marcó nuestras vidas y nos hermanó para siempre. Alejandro y su familia se habían ido a vivir a Amecameca, con la misión de fundar, en las faldas del Iztaccíhuatl, un *Centro de Convivencia Campesina*. Concebido como un espacio de intercambio de experiencias y capacitación en diversas tecnologías «apropiadas», el centro nunca logró concretarse, pero Alejandro se arraigó a Amecameca, donde se convirtió en cronista municipal.

Inquieto y comprometido como era, ahí se involucró en la lucha por la preservación de los bosques de la Sierra Nevada, causa que hizo suya hasta el final de sus días. Por ello no fue una sorpresa cuando en el año 2000 ganó el concurso para ser el primer director del Parque Nacional Izta-Popo, en la recién creada CONANP. En ese tiempo el parque, como sucedía con la mayoría de las áreas naturales protegidas, se encontraba en una situación deplorable; abandonado, sin recursos, ni personal técnico capacitado para su atención y con altos niveles de tala. Era la tierra de nadie donde todos podían saquear sin problema.

Desde la nueva institución Alejandro supo involucrar a muy diversos actores en la recuperación de esos bosques: pobladores, investigadores, empresarios, montañistas, autoridades estatales y municipales y, de manera primordial, a los dueños de esos territorios. Hombre carismático, tenía ese don de gentes que permite persuadir a propios y extraños de la importancia de su empresa. Como botón de muestra está la transformación que hizo de un grupo de taladores en la Asociación de Reforestadores de Río Frío.

Con la misma entrega que lo caracterizó siempre, Alejandro emprendió la recuperación del parque atendiendo cuestiones técnicas como el control de plagas, el monitoreo de especies, las obras de retención de suelos y de captación de agua, etc. Pero, de manera fundamental, se comprometió con las problemáticas sociales que originaban la tala, la quema de pastizales y la extracción excesiva de recursos naturales, siempre persuadiendo y al mismo tiempo proponiendo alternativas.

Sabiendo que el deterioro ambiental no proviene de sí mismo sino de las malas prácticas humanas, Alejandro impulsó un programa de cultura para la conservación que fue toral en la estrategia de recuperación del parque. Centrado en el entendimiento de los servicios ambientales que brinda el bosque y ubicado en su particularidad regional, el programa de cultura —en el cual tuve la fortuna de colaborar—, buscaba empoderar a los pobladores de las comunidades aledañas en la defensa y preservación de su territorio. Los cambios culturales tardan mucho tiempo, son multifactoriales y difíciles; no son, por supuesto, obra de una sola persona, pero estoy segura que en los fructíferos años que Alejandro trabajó en esos lares dejó una marca difícil de revertir. Donde esté estará orgulloso de haber hecho del Izta-Popo un ícono de la conservación en el México de nuestros días.